



COMENTARIO DE TEXTO

Una buena parte del mundo, y en ella está incluida la sociedad española, parece vivir en la indignación permanente. Sin duda hay siempre motivos para enfadarse y descorazonarse, no digamos para irritarse. Pero, si se piensa en lo que lleva visto el mundo, sobre todo en el siglo XX, se hace difícil comprender que hoy haya tantísima gente dispuesta a saltar, hecha una fiera, por causas comparativamente menores. Hasta cierto punto es como si se hubieran invertido los términos: se da enorme importancia a lo que apenas la tiene, y a lo que sí no se le da apenas. Y como por fortuna la gran mayoría de las cosas que ocurren en la cotidianidad son de poca monta, el resultado es que andamos encolerizados todo el día. Un ejemplo reciente de esta inversión es el de la famosa crisis de las viñetas de Mahoma: muchas más personas se han rasgado las vestiduras y se ha gastado mucha más tinta por su remota publicación en Dinamarca, que por la muerte violenta de decenas de manifestantes contrarios a ellas, en varios países musulmanes. Se ha prestado infinitamente más atención a la tontería y al símbolo, que en sí mismos no han matado a nadie, que a las numerosas vidas concretas estúpidamente perdidas.

En España se intenta a diario, y se logra en cierta medida, que los ciudadanos se indignen por cualquier cosa. Si uno atiende a los políticos y a los periodistas, da la impresión de que cada mañana nos despeñamos por un precipicio. Les provoca placer indignarse por contagio, y uno de los mayores motivos es oír que, en lo referente al terrorismo de ETA, estamos peor que nunca. Es decir, que tras casi tres años sin que esa mafia haya asesinado a nadie, la situación es peor que cuando se cargaba a cinco, diez, veinte u ochenta personas por año. Está claro que quienes eso afirman desean una vuelta a aquellos números, quizá para indignarse más a gusto. No deberían ser tan egoístas.

Pero la indignación no se limita a esas cuestiones grandes. Son demasiados los españoles que hoy viven en continua alerta, como centinelas en guerra o policías de otro país, que no del nuestro. Escudriñan los periódicos a ver si a alguien se le ha escapado una frase supuestamente machista, o sexista, o racista, o que desprestigie a un colectivo. Vigilan las pantallas de televisión a la caza de algún anuncio inmoral, o que menoscabe la dignidad de alguien, o que ofenda cualquier creencia. No me queda sino concluir que indignarse proporciona placer, sobretodo si no hay verdadera causa, si es un poco de mentira. Da vidilla, quizá ayuda a sentirse apasionado, vehemente, estimulado, participe de la cosa pública y menos solo. También sé que resta claridad, pone los nervios de punta, cansa mucho y puede ser peligroso. Esto último les trae sin cuidado a quienes sólo venden esta mercancía. Pero cuando uno se acostumbra a armar escándalos por poco o nada, a rabiarse desmesuradamente por contrariedades, es fácil que cuando pase algo gordo no le quede más remedio que echar mano a la guadaña.

Javier Marías
El peligroso placer de indignarse
(Texto adaptado)

1. Resuma el texto.
2. Estructure el texto en partes y justifique cada una de ellas.
3. Realice un comentario crítico del mismo.